

Adonis

# Éste es mi nombre

(Versión definitiva)

هذا هو اسمي

- صياغة نهائية -

Traducción del árabe, prólogo y notas  
de Federico Arbós



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Hâdâ huwa ismî*.  
Versión definitiva. Beirut, Dâr Al-Âdâb, 1988.  
(Título de la primera edición: *Wâqt bayna l-ramâd wa-l-ward*. Beirut, Dâr Al- ‘Awda, 1971)

Primera edición: 2006  
Segunda edición, revisada: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Adonis (Ali Ahmed Said Esber), 2000.  
© Anabell Guerrero / Opale / ACI / Bridgeman Images  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Ali Áhmad Saíd Ésber (Adonis), 2006  
© de la traducción, prólogo y notas: Federico Arbós Ayuso, 2006  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-034-3  
Depósito legal: M. 24.592-2020  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Nota a la segunda edición
- 15 Prólogo
- 29 Advertencia sobre las notas
- ÉSTE ES MI NOMBRE
- 33 Prólogo a la historia de los Reyes de Taifas  
مقدمة لتاريخ ملوك الطوائف
- 71 Éste es mi nombre  
هذا هو اسمي
- 113 Epitafio para Nueva York  
قبر من اجل نيويورك
- 115 I. Hasta ahora hemos dibujado la Tierra como una  
pera
- 121 II. Aquí, en la cara musgosa de la roca del mundo
- 127 III. ¡Desmoronaos, estatuas de la libertad!
- 133 IV. ¡Ah, Nueva York, mujer sentada en el arco del  
viento!
- 139 V. Harlem
- 141 VI. Entre Harlem y Lincoln Center

- 147 VII. Nueva York, te rodeo de palabras  
151 VIII. La señora Brewing, una griega en Nueva York  
155 IX. Walt Whitman  
161 X. El año ochenta cumpliré mis dieciocho años

## Nota a la segunda edición

Han pasado ya catorce años desde la publicación en la colección Alianza Literaria de *Éste es mi nombre*, sexto poemario y jalón fundamental en la obra del poeta, ensayista y crítico sirio-libanés Adonis. Y ahora, la editorial ha decidido sacar a la calle una segunda edición en la popular y emblemática colección El libro de bolsillo, quizá con la intención de que los lectores recalcitrantes de poesía, minoritarios pero fieles, puedan encontrarse, o reencontrarse, con la traducción española de este libro publicado por primera vez en Beirut en el año de 1971.

En el Prólogo de 2006, del que he preferido no cambiar ni una coma para mantenerlo en el contexto en que fue redactado, decía –digo– que *Éste es mi nombre* representa una clara inflexión en la poesía de Adonis con respecto a su obra anterior de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo. En sus páginas se abre paso una escritura histórica, abiertamente ideológica y crítica, mar-

cada por referencias temporales al presente inmediato, es decir, en sus páginas se acomete una crítica poética de la historia. Y, aunque es muy posible que el poeta hubiera deseado no hacerlo, se ve ante la necesidad de seguir alzando en sus versos esta escritura crítica, porque los países árabes del Creciente Fértil –Palestina, Líbano y Siria, Irak– están inmersos en una crisis destructiva y sangrienta, permanente en unos casos e intermitente en otros, desde el final de la Segunda Guerra mundial hasta nuestros días, hasta hoy mismo.

El *Libro del asedio* (Beirut, 1985), por ejemplo, lleva un subtítulo cronológico delimitador, «Junio del 82-Junio del 85», que marca la intervención directa de Israel en la guerra civil libanesa, cuando su ejército invade Líbano y el avance culmina con el cerco de la zona occidental de Beirut: las Falanges Libanesas, fuerzas armadas de la ultraderecha, escoltadas y apoyadas por la máquina militar israelí al mando del general Ariel Sharón, ilustre criminal de guerra, entran en esa parte de la ciudad y llevan a cabo la más salvaje masacre de todo el conflicto en los campos de refugiados palestinos de los barrios de Sabra y Chatila, exterminando no sólo a buena parte de los milicianos de la OLP, sino también a centenares de civiles indefensos, ancianos, mujeres, niños. El *Libro del asedio* está lleno de nombres propios de hombres y mujeres que remiten a otras muchas personas anónimas, de lugares y rincones de Beirut, de breves escenas y diálogos que llevan la tremenda carga expresiva de los *Desastres* de Goya, de versos donde los recursos retóricos se utilizan con frecuencia para hacer más llevadera la «lectura» de la sangre derramada. Adonis nos lleva a contemplar, a sentir como un

duro golpe, la metamorfosis que ha sufrido la ciudad en un paseo desolado donde los adoquines son ahora cabezas de criaturas desgajadas del cuerpo, donde el humo de los incendios y explosiones es la última respiración que llega a los pulmones («Plaza de la Burche: memoria que indaga su presente / de polvo y fuego»).

Durante el año académico de 1996-1997, la Universidad de Princeton (Nueva Jersey) invita a Adonis a impartir unos cursos sobre literatura y poética árabes, sobre las relaciones entre sufismo y surrealismo y otros temas que el poeta estudia y trabaja desde largo tiempo atrás. Aparte de los cursos, aprovecha su tiempo para escribir en las horas libres del día y de la noche y volver con un nuevo libro bajo el brazo: *Catálogo de las obras del viento* (Beirut, 1998). De los trece poemas que lo integran, hay dos que guardan una extraña complementariedad con «Epitafio para Nueva York» en la distancia del tiempo: «Garganta de piel roja» y «Paseo por Harlem». Tenemos, en efecto, muchas y variadas referencias o llamadas establecidas entre los tres textos: en «Garganta de piel roja» Adonis invoca a Nueva York y alude a su primera visita a la ciudad en 1971, de la que surge precisamente la escritura del tercer poema de *Éste es mi nombre*; en el sexto capítulo de «Epitafio para Nueva York» al poeta le parece entrever, mientras avanza entre Harlem y Lincoln Center, una figura espectral que acecha el cielo con un arco cruzado en el pecho («Y supe que volaba para atestiguar el renacimiento del Indio Americano en Palestina y sus pueblos hermanos»). En un poema dominado por la presencia y la reivindicación de la negritud, ésta es la única referencia al piel roja, al indio de Norteamérica, volcada especialmente

a subrayar la defensa contra el exterminio, la lucha común por la libertad y la ciudadanía del pueblo palestino y del pueblo indígena del Nuevo Continente. Sin embargo, el indio es ahora el primer protagonista de «Garganta de piel roja» y alza su voz para anunciar que aún está vivo («No, no hemos muerto. / Entre nosotros, la muerte es otro nombre / del guerrero piel roja»). Esa reivindicación de los negros, de los afroamericanos, es uno de los principales rasgos de «Epitafio para Nueva York», aunque las alusiones permanezcan siempre en el plano de lo genérico («Hacia la pena, ¡ay, negro viejo, niño negro!») sin que aparezca nombre propio alguno, cuando habría tantos que mencionar entre las magníficas figuras que poblaron la Nueva York del siglo XX, y las muchas que aún pueblan la del siglo XXI. Pero ahora sí, en «Paseo por Harlem», vemos brillar los nombres de los grandes luchadores por los derechos civiles como Martin Luther King, al que se acerca a través de la placa conmemorativa situada junto a la calle Nassau, o como Paul Robeson («otro mapa / para la rosa de los vientos»), activista también y verdadero hombre orquesta –actor, cantante, futbolista, escritor, miembro de la Brigada Lincoln en defensa de la República española– a quien Pablo Neruda dedicó un emocionado poema en las *Nuevas odas elementales* (1956). En el despacioso y placentero deambular por las calles de Harlem, Adonis contempla el paso elástico de mujeres negras, se deja llevar por la música *gospel* y el *soul food*, se detiene a escuchar el recuerdo rítmico del jazz esencial en la trompeta de Louis Armstrong o el piano de Duke Ellington. Y una vez más, como en «Epitafio para Nueva York», el poeta reafirma su fe en que los negros son el porvenir, la

fuerza vital que puede salir triunfante de la lucha contra el Leviatán insaciable de Nueva York («El tiempo y la negritud / han comenzado a unir sus pasos. / Harlem, / cuida ese ritmo, / cultívalo»).

En el año 2002, este poeta, que trabaja verdaderamente a destajo, publica en Beirut un voluminoso ensayo de más de cuatrocientas páginas: *La música de la ballena azul: Identidad, escritura, violencia*. En ellas lanza Adonis señales escritas y verbales en todas direcciones para configurar una carta de marear que nos ayude a comprender cómo hemos venido a dar en lo que llama «la modernidad enferma»: reflexiones sobre la conflictiva relación entre el mundo occidental y el mundo árabe, la violencia colonial pero también la violencia institucional de los regímenes árabes, las guerras de invasión y expolio y las guerras ideológicas y culturales, la pesada losa de la religión; discursos paralelos sobre su permanente preocupación por una nueva escritura liberadora, por la necesidad de una poesía transgresora volcada al presente y al futuro, una poesía árabe en una perspectiva universal. Ese año 2002 es también el año del cerco de Ramala. El ejército israelí ha puesto sitio a la capital de la menguada Autoridad Nacional Palestina en Cisjordania, con el presidente Yáser Arafat dentro: no sólo él está cercado, sino varios millones de compatriotas suyos, también en la Franja de Gaza y en los barrios orientales de la Jerusalén árabe. Es la ratonera mortal que pusieron en marcha los Acuerdos de Oslo de 1993, ese gran fraude, esa ley del embudo que Washington llamó pomposamente «proceso de paz americano». Por si esto no bastara, los sucesivos gobiernos de Israel siguen multiplicando los asentamientos ilegales de colonos judíos en Cisjordania, alcanzan kilómetros

y kilómetros de ese infamante muro que impide el libre movimiento de los habitantes palestinos. Son las mismas fechas de la segunda agresión bélica de Estados Unidos contra Irak, con la que se pretende destrozarse la economía del país y destruir su tejido social. Y, más adelante, la intervención en la cruenta guerra civil siria, azuzados, subvencionados y armados los grupos antigubernamentales por Estados Unidos también, y por Arabia Saudí y sus mercenarios del autodenominado Estado Islámico. Irak y Siria son, de nuevo, Vietnam. A lo largo de las dos primeras décadas de este siglo, la marina de guerra y la aviación israelíes han desatado al menos tres bombardeos criminales y masivos sobre Gaza, con el deliberado propósito de sembrar el terror y la desolación y causar el mayor número de víctimas posible en la población civil, en sus hospitales y escuelas. Gaza es, de nuevo, Guernica.

Para esta segunda edición se han realizado ligeros ajustes y trasvases de los textos árabe y castellano, con el fin de reducir espacios en blanco innecesarios y conseguir, en la medida de lo posible, una más completa correspondencia de ambos textos en las páginas pares e impares enfrentadas; se han revisado en la traducción unos pocos versos o frases de formulación confusa o equívoca. El resultado de estas modificaciones tal vez se refleje en unas páginas más limpias, cuyas líneas el lector pueda recorrer sin mayores sobresaltos tipográficos.

Federico Arbós  
Majadahonda, mayo de 2020

# Prólogo

«Adonis» es el seudónimo mediterráneo y semítico –enraizado en los viejos mitos de Asia Menor– que a mediados del pasado siglo escogió como nombre literario el ciudadano Ali Áhmad Saíd Ésber, sirio de nacimiento y libanés de adopción. Poeta, ensayista y crítico, Adonis es autor de una de las obras más ricas y complejas de la literatura árabe contemporánea: más de treinta libros en la calle, vivos y polémicos, han hecho que en los últimos años su nombre sea rumor constante en las listas de candidatos al Premio Nobel de Literatura. El lector español dispone desde hace tiempo de algunos textos suyos traducidos al castellano, no numerosos pero significativos: cinco poemarios y dos volúmenes de estudios críticos y ensayos.

Soy consciente de que si hubiera presentado aquí a un poeta francés, inglés o alemán de similares características, el párrafo anterior –enunciativo y aclaratorio– hu-

biera resultado perfectamente innecesario, superfluo. Pero, en fin, así funciona el canon literario occidental, que diría Harold Bloom, ¿o tal vez Molly? Y, sin embargo, la preocupación por la universalidad de su escritura es un planteamiento central que Adonis mantiene desde que en 1957 edita en Beirut su primer libro de poemas y participa de manera muy activa en la fundación de revistas literarias de vanguardia, en la publicación de manifiestos literarios colectivos que se esfuerzan en esbozar las líneas maestras de una radical renovación de la poesía árabe. Situado voluntariamente en una encrucijada de culturas literarias, Adonis parte de su conocimiento de la tradición poética árabe para volverla del revés, volcándose con rara intensidad no sólo en una experimentación formal y lingüística continua, sino también en la revisión y corrección de lo ya publicado, en una especie de poda periódica, estacional, del árbol de su poesía, como él mismo dice en unos versos de *Éste es mi nombre*:

Digo y repito:

mi poesía es un árbol. Y entre rama y rama,  
entre hoja y hoja, sólo la maternidad del tronco.

Estos rasgos se hacen muy patentes en el libro que el lector tiene ahora entre las manos. Los tres largos poemas que lo componen, cuya escritura está fechada entre 1969 y 1971, se publicaron este último año en un solo diván con el título de *Un tiempo entre la rosa y la ceniza* a cargo de la editorial beirutí Dâr Al-‘Awda. En 1980, otra prestigiosa editorial libanesa especializada en literatura árabe moderna, Dâr Al-Âdâb, lo saca de nuevo a la calle

con el mismo título de su segundo poema, *Éste es mi nombre*, y en 1988 edita la «versión definitiva» revisada por el poeta, en la que se basa la presente traducción. He considerado conveniente anotar en ella las diversas variantes registradas –modificaciones, adiciones, supresiones–, no con la intención de establecer una edición crítica, que aquí estaría fuera de lugar, sino para proporcionar al hipotético lector interesado motivos de reflexión sobre las pautas de reescritura del autor, guiadas evidentemente en algunos casos por consideraciones formales y expresivas y en otros, tal vez, por planteamientos ideológicos o de simple oportunidad histórica: por el inevitable paso del tiempo, quiero decir.

Porque este libro brota de su tiempo, ligado al momento histórico. En sus poemarios de los años sesenta, Adonis se mete de lleno en lo que podríamos llamar una «acción escrita», una poética activa mediante la que pretende enraizar la nueva escritura árabe en el doble ámbito cultural de la civilización grecolatina, mediterránea, y de la árabe pagana e islámica de la época clásica. Y, al tiempo, hacer de esa escritura «su viaje», el viaje del poeta, la búsqueda de una expresión radicalmente contemporánea inserta en las principales corrientes poéticas universales del siglo XX. Quizá por ello, estructura esos poemarios como el periplo de un desarraigado que recorre sin esperanza los lugares de la utopía –Mihyar, Odiseo, en *Canciones de Mihyar el de Damasco* (1961)– o como el tránsito del cuerpo por sus mismas entrañas y por los mitos fundacionales –el cuerpo humano metamorfoseado en «árbol de Oriente» o «rosa de alquimia» en el *Libro de las huidas y mudanzas por los climas*

*del día y la noche* (1965)–, pero esa fuerte carga simbólica hace que los textos se mantengan siempre en un territorio de ambigüedad cronológica, en un ámbito más bien abstracto y atemporal.

Sin embargo, en el mismo inicio de la década de los setenta se produce una inflexión significativa, muy marcada, en los poemas y divanes publicados por Adonis: es el reflejo literario de la *Naksa* de 1967, la «recaída en la desgracia», el desastre de junio de ese año crucial, cuando Israel ocupa por la fuerza militar no sólo la mayor parte de los territorios palestinos, sino también algunas regiones de Egipto, Siria y Líbano. Como bien dice el profesor Pedro Martínez Montávez en el prólogo a su traducción de los *Poemas políticos* de Nizar Kabbani (Visor, Madrid, 1975):

En cualquier orden y aspecto de la existencia árabe contemporánea puede hablarse, con absoluto fundamento, de «lo anterior a 1967» y de «lo posterior a 1967» como dos épocas claramente separadas, aunque desde luego no desvinculadas. En literatura, también.

Efectivamente, la producción literaria árabe sufre una especie de convulsión, una brusca cesura tanto en los contenidos y planteamientos ideológicos como en lo formal y estilístico, etapa que los historiadores y críticos etiquetan con el nombre de «literatura posterior a Huzairán», es decir, literatura de después de Junio. En poesía concretamente, la reacción es inmediata, radical, y presenta casi siempre un rasgo común: la denuncia no se dirige tanto hacia el Estado expansionista de Israel y su im-

placable maquinaria bélica, como hacia los dirigentes y gobiernos árabes que han hecho posible el desastre. Los textos que publican entonces algunos de los poetas consagrados de la llamada «generación de los años cincuenta» –como el iraquí Abdel-Wahhab Al-Bayati o el sirio Nizar Kabbani– tratan de remover la conciencia de la sociedad civil o, al menos, la de sus lectores, manteniendo simultáneamente un alto nivel de elaboración formal y expresiva. Por añadidura, en 1968 se edita en Damasco la primera gran antología de los poetas palestinos de Resistencia, que otorga plena carta de naturaleza a un movimiento poético que había irrumpido unos cinco años antes en la escena literaria. El fenómeno de la nueva poesía palestina, importantísimo ya en sí mismo, provoca también una reacción en cadena –literaria, social y política– en todo el mundo árabe: la producción poética se verá condicionada en el futuro, en mayor o menor medida, por la violenta aparición de los poemas «resistentes» de Mahmud Darwich o Samih Al-Kásem.

Esa es la inflexión en la poesía de Adonis a la que me refería hace un momento, que se observa claramente en este libro de 1971, ya sea con su primer título de *Un tiempo entre la rosa y la ceniza* o con el definitivo de *Éste es mi nombre*, años después. En sus páginas se abre paso una escritura histórica, abiertamente ideológica y crítica, marcada por referencias temporales al presente inmediato, a las cosas que «me» pasan, que «te» ocurren, que se «nos» vienen encima. Una escritura que, sin embargo, no renuncia a enmarcar los poemas –como en los años sesenta– en un vasto lienzo de tiempos, espacios, culturas que confluyen, se oponen, se contradicen, se funden. Tanto el primer poema

del libro («Prólogo a la historia de los Reyes de Taifas») como el segundo («Éste es mi nombre») son textos torrenciales que combinan los versos con una prosa escandida y atropellada, sin apenas puntuación –hasta este momento, Adonis había cuidado de modo exquisito, por lo general, la puntuación de influencia occidental–, forzando al lector a percibir como un todo el material lingüístico, sonoro, y las imágenes, metáforas, ideas que se desprenden de las meras palabras. En este discurso fragmentario, entrecortado, se dibuja el contorno simbólico de la Jerusalén mestiza y plural o el de las ciudades árabes históricas (Bagdad, Damasco, Beirut, La Meca...), se despliega la geografía atormentada de la Palestina ocupada en 1967 o de la que ya pasó a formar parte del Estado de Israel en 1948, sin remedio ni retorno: Jericó, Nazaret, Haifa... En la ciudad de Jaffa, costera y portuaria, a la que el poeta otorga repetidamente rasgos infantiles («Un niño es el rostro de Jaffa»), se concentra todo el dolor del despojo:

Toda agua es el rostro de Jaffa,  
toda herida es el rostro de Jaffa,  
los millones de hombres que gritan ¡no!  
son el rostro de Jaffa.

Los amantes en el balcón, los amantes encadenados,  
los amantes que yacen en la tumba  
son Jaffa.

La sangre que mana del costado del mundo  
es Jaffa.

Plantado en el centro del territorio desolado que configuran ambos poemas hay un hombre –un nombre– que

se llama Ali, un ser único y múltiple, un hombre que responde a otros muchos nombres. En algunos párrafos, el poeta nos sugiere la figura de Ali Ben Abu Tálib, cuarto califa del Islam y primer imán chií, en una referencia histórica cargada de significados: paradigma de mártir asesinado en su lucha por la verdad y la justicia, patrón espiritual de los musulmanes chiíes y de una buena parte del sufismo, de ese movimiento plural y complejo que constituye el misticismo islámico, representa también el desgarramiento del cisma, la desunión de la comunidad. En otros versos, Ali es el hombre árabe —el hombre y la mujer, quiero decir: el ser árabe concreto, individual o colectivamente considerado— aturdido y machacado por la catástrofe del presente, por la violencia, la opresión, la muerte, la miseria. Es el expoliado, el desterrado, el emigrante, pero también el que retorna o resiste, el combatiente palestino, el guerrillero. Y es, en definitiva, el primer nombre propio del poeta Ali Áhmad Saíd, antes de que el seudónimo de Adonis nos lo hiciera olvidar. Tal vez sea este último Ali quien busca la patria común en la escritura y en la lengua, en la luz inextinguible de una estrella que le guía hacia una esperanza siempre incierta:

Deletreo y dibujo una estrella,  
huyendo de mi patria en mi patria.  
Deletreo una estrella que mi país dibuja  
en las trazas de sus días vencidos.  
(...)  
Mi patria es esta centella,  
este relámpago en la tiniebla del porvenir...

El tercer poema del libro, «Epitafio para Nueva York», es quizá un texto ejemplar de ese proceso literario mediante el cual Adonis sitúa su escritura en una encrucijada múltiple de culturas y lecturas, de posturas vitales, estéticas e ideológicas. Con respecto a las composiciones precedentes, el territorio ahora se amplía –si tomamos como referencia el Mediterráneo– desde el extremo Occidente al Oriente remoto. En el oeste, Estados Unidos: Nueva York; en el centro, el Mundo Árabe: Palestina; en el este, Vietnam: Hanoi. Otro «mapa que se despliega» en el presente, como repite el poeta. Pero en ese mapa desplegado, al lector español de poesía tal vez le sorprenda la evidencia de que tras los versos de «Epitafio para Nueva York» nos encontramos con una detenida lectura del libro *Poeta en Nueva York* (1929-1930), de Federico García Lorca. Tenemos, en primer lugar, una serie de citas indirectas basadas en la carga surrealista de unas imágenes que «fotografían», como en las obras de John Dos Passos, la crueldad, la confusión, la insolidaridad de la Gran Manzana, de la urbe del siglo XX por excelencia, descarnada pero atrayente, vital, desmesurada. Imágenes y motivos de «Epitafio para Nueva York» que podemos rastrear en algunos poemas de *Poeta en Nueva York* como, por ejemplo, «La aurora», «Grito hacia Roma», «Ciudad sin sueño», «Paisaje de la multitud que orina», «1910 (Intermedio)»: musgo y rosas punzantes, óxido y veneno químico; los cuatro pies de Nueva York, disparos de bala que buscan al gentío, desiertos llenos de dientes y hombros que soportan la carga de la muerte; fachadas, policías, hogazas de pan y lunas que se confunden, cajas que parecen cangrejos...

Para Adonis, como para Lorca, los negros –los oprimidos, los marginados– y su barrio de Harlem son la fuerza vital que el futuro puede oponer a la ciudad devoradora e inhumana:

Habitemos el clamor negro  
para llenar nuestros pulmones con el aire de la historia.  
Alcémonos en los ojos negros, cercados como tumbas,  
para vencer al eclipse.  
Viajemos en la cabeza negra  
para escoltar al sol que llega.

Versos de Adonis que parecen ser una glosa intencionada y un homenaje a estos otros de la «Oda al rey de Harlem»:

Es preciso cruzar los puentes  
y llegar al rumor negro  
para que el perfume de pulmón  
nos golpee las sienes con su vestido  
de caliente piña.

(...)

¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem! ¡Ay Harlem!  
¡No hay angustia comparable a tus ojos oprimidos,  
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro...

(...)

No busquéis, negros, su grieta  
para hallar la máscara infinita.  
Buscad el gran sol del centro  
hechos una piña zumbadora.

En fin, tanto *Poeta en Nueva York* como «Epitafio para Nueva York» están divididos en diez secciones o capítulos numerados: en el décimo capítulo surge en ambos poemas el símbolo de Cuba, como recuperación de la naturaleza encendida, del aliento y el ritmo humanos en Lorca («Son de negros en Cuba») y en Adonis con clara resonancia política, que se corresponde con el momento histórico de la escritura del poema:

Por eso,  
me cargo la isla de Cuba en los hombros  
y pregunto en Nueva York: ¿Cuándo llega Fidel Castro?

Otra coincidencia natural, inevitable, es el homenaje común a Walt Whitman, el gran poeta norteamericano del siglo XIX. García Lorca le dedica uno de los mejores y más expresivos poemas de su libro, la «Oda a Walt Whitman»; Adonis lo interpela en el capítulo IX de su poema, incluyendo citas entrecuilladas de algunos versos de «Canto a mí mismo» y «Los durmientes», larguísima composición pertenecientes a *Leaves of grass* (*Hojas de hierba*), el torrencial y acumulativo, vario y desigual poemario del «bardo de Norteamérica», como lo llamó su paisano y contemporáneo R. W. Emerson.

Pero ya no estamos en los años treinta, sino en los setenta: el hilo «argumental» de este gran poema experimental que es «Epitafio para Nueva York» se desliza por el ojo de una aguja que avizora un campo espacio-temporal de oposiciones dialécticas. Nueva York es el símbolo del violento dominio que el imperio usamericano –clarificador adjetivo acuñado, creo recordar, por Emi-

lio Alarcos Llorach— pretende ejercer, y ejerce, sobre el planeta en general y, en particular, sobre esa nebulosa que denominamos Oriente, ya lo calificuemos de Próximo o Extremo según pautas de medida «occidentales». Los objetivos a eliminar o someter, pero también los núcleos de resistencia a ese dominio, son en el poema Palestina y Vietnam. Aprisionado en su propia trampa queda el resto del mundo árabe, representado aquí por sus capitales históricas y sus centros petroleros, acusadas indirectamente sus clases dirigentes y sus cualificados déspotas por el poeta como cómplices en la destrucción de la utopía de la unidad árabe dentro de un proyecto revolucionario universal. También es doble o plural la visión del mismo corazón del Imperio: la Norteamérica democrática de Whitman o Lincoln se opone a la criminal de Nixon y la General Motors; las calles y distritos del poder económico, de las compañías multinacionales (Wall Street, Quinta Avenida), se enfrentan a los barrios marginales (Harlem, Greenwich Village) que llevan el futuro en sus entrañas, según un cierto optimismo histórico del poeta en aquel preciso instante de 1971.

En este anuncio de la utopía, Adonis vuelve a utilizar el recurso poético que ya hemos mencionado: la fusión o confusión de culturas, espacios, tiempos históricos diferentes, a través sobre todo de personajes con cargas simbólicas significativas. Así, en unos párrafos dedicados a Abraham Lincoln vemos aparecer en el mismo horizonte de la lectura a Marx, Lenin y Mao Tse Tung junto a Ali Ben Moháammed (¡otro Ali!), caudillo que encabezó la sublevación de los esclavos negros que en el siglo IX trabajaban en los latifundios iraquíes controlados por el ca-